

DE JULIO CORTÁZAR, DE LAS PERLAS Y DE AULO GELIO

Ahora que tanto se habla de planes de estudio, de cultura y de profesionales cualificados, aprovecho para contaros algo que quizá tiene que ver con todo eso, pero, afortunadamente, muy poco.

Los lectores que han accedido y los que necesariamente sigan accediendo a la obra de Cortázar, más en concreto a "Rayuela" y a "La vuelta al día en ochenta mundos", no habrán podido dejar de sorprenderse ante ese aparente desorden y falta de estructuras que, desde nuestros decimonónicos presupuestos literarios, nos parece, al menos, novedoso, más aún cuando a ello se suma un caudal de referencias de todo tipo. Estas técnicas, que los críticos definen como "misceláneas", no son exclusivas de Cortázar, claro está, pero sí toman en él una cierta representatividad. El lector de novelas "de acción" encuentra en muchos casos aburrido y fuera de tono que en medio de una trama se le ofrezca, aparentemente sin venir al caso, un texto de Witold Gombrowicz ("Rayuela", 145), por ejemplo, o una página del Almanaque Hachette sobre "El jardín de flores" ("Rayuela", 134), amén de todas las referencias a escritores, pintores, músicos, y demás gente de esa pelambarrera. No sé qué pensar si, al coger "La vuelta al día ..", se encuentra nuestro atónito lector con nada menos que un ensayo sobre el admirado colega de Cortázar Lezama Lima, caso parecido a aquél en que James Joyce, en su "Ulises", nos ofrece una onírica y singular teoría acerca del "Hamlet" de Shakespeare, que hoy día los especialistas reconsideran "en serio" (en el capítulo noveno, para quien esté interesado), y así miles de ejemplos.

Pues bien, aunque no sepamos demasiado sobre este asunto, podemos percibir cómo diversos autores modernos han hecho de sus obras, si no una miscelánea descarada, sí una especie de pequeñas enciclopedias, desordenadas e incompletas (menos mal), y ante todo abiertas. Pero la miscelánea es muy antigua, fue un género más en la literatura grecolatina, típico -creo- de las épocas decadentes. De los muchos autores misceláneos que la antigüedad nos brinda señalo al romano Aulo Gelio, que escribió una obra extensa cuyo título ya nos sorprende. "Las noches áticas" Alguien podría pensar, a lo mejor, que es una obra erótica, por aquello de las noches, inmersa en un marco oriental, de ésas que se han puesto tan de moda últimamente, pero no. Ese tal Aulo Gelio debió de ser una persona muy tranquila que estudió filosofía en Atenas, y que por las noches se dedicaba a escribir, en un campo cercano a la capital griega, de manera extremadamente amena, sobre historia, literatura y ciencia. Gelio podía pasar de una anécdota sobre el caballo de Alejandro Magno a preciosos y breves comentarios acerca de autores antiguos, sin ningún afán sistemático, sino tal y como el azar le reportaba las ideas y los datos. Ahí están, pues, los dos: Cortázar y Aulo Gelio; ambos gustaron de la miscelánea, en épocas tremendamente alejadas, ambos fueron humanistas de oficio y amaron el saber. Si alguien preguntara cuál es el hilo conductor de las misceláneas, podría responderse, muy subjetivamente, que la exquisitez o, si queremos, el gusto por dar a conocer el dato preciso, no importa cuál, sin necesidad de trazar algún sesudo esquema previo que ordene, sistematice y . . . amortaje aquello que nos cuentan. Los sofistas de nuestro tiempo aman los esquemas y las frases escuetas, y no comprenden muy bien el fin de contar miles de cosas dispersas por el mero placer de contarlas, una recreación ingenua del caos y del mundo. Aulo Gelio y Cortázar fueron, en ambos casos, exquisitos; gustaron del saber recóndito y amplio, de la bella armonía de su desorden. No sé si Cortázar leería alguna vez "Las noches áticas", pero, curiosamente, el capítulo 148 de "Rayuela" es la transcripción de un breve capítulo de la obra de Gelio, donde éste nos refiere la etimología que Gabino Basso da a la palabra "persona". En ese punto, quizá, ambos eruditos se confunden. El lector puede sentir una sensación análoga de juego y de guiño leyendo a Cortázar y a Gelio, pues sus obras están hechas para el deleite del que gusta de una lectura libre en toda su dimensión. Ambas obras pueden leerse en el orden que se quiera, más aún, el orden es lo de menos, y en ambos casos todo vale.

En conclusión, por muchos planes de estudio que se hagan, mejores o peores y, tristemente necesarios, quizá no debemos creer demasiado en sus esquemas, pues ¿hasta qué punto aprender no es, en verdad, una Rayuela o unas Noches Aticas?

Francisco G. Jurado Marzo de 1987